

Ceremonia 141.º aniversario del Centro Naval



Cada 4 de mayo se celebra la fundación de nuestra querida institución en presencia de los socios y familiares, y se homenajea a aquellos que cumplen cuarenta y cinco o cincuenta años en el Club. Asimismo, cada dos años, se procede a la renovación de las autoridades que hayan cumplido su ciclo en cada cargo.

El coro mixto del Centro Naval, a cargo del maestro Daniel Saito, dio inicio a la ceremonia entonando el Himno Nacional.

El Capitán de Navío VGM (R) Mario Ignacio Carranza Horteloup, Presidente del Comité de Socios y moderador de la velada, repasó los ideales y valores que, en



1882, llevaron —con objetivos claros, precisos y superadores— a la fundación del Centro Naval por un grupo de jóvenes oficiales egresados de las primeras promociones de la Escuela Naval Militar fundada, apenas diez años antes, por el entonces Presidente de la Nación don Domingo Faustino Sarmiento.

Con este acto, esos oficiales jóvenes quisieron impulsar, profesionalizar y jerarquizar la carrera naval.

Mediante la creación del Centro Naval buscaron, además de un lugar de reunión donde ejercitar la sana camaradería, un sitio donde exponer sus inquietudes públicamente —las que no siempre estaban en sintonía con lo que pensaban los viejos y respetados oficiales de la Marina de la Independencia y del período preconstitucional de 1853-1860—, dictar conferencias acerca de los avances tecnológicos de la profesión, etc. Es decir, la fundación del Centro Naval fue un acto innovador, cronológicamente concordante con la llamada «generación del ochenta», y obra de un grupo de oficiales, cuya edad promedio era veinticuatro años. A ellos se sumaron, entre otros, profesores de la Escuela Naval Militar, civiles y hombres de la prensa. Jóvenes en edad, pero fundamentalmente en espíritu: eligieron y asumieron los riesgos del compromiso frente a la comodidad del conformismo, la renovación frente al continuismo, la innovación frente al inmovilismo.

El acta de fundación es terminante en cuanto a los objetivos de la nueva entidad: «Mantener el espíritu de cuerpo entre los oficiales de la Armada y concluir para siempre con las emulaciones mezquinas que retardan el adelanto de la Marina». Toda una declaración de principios que, además, establecía, claramente, qué y a quiénes se desafiaba.

Luego, como mejor homenaje a sus fundadores, se leyó el Acta Fundacional del Centro Naval, con la que se materializaba la propuesta impulsada por el Subteniente de

Marina Santiago Albarracín durante las secretas reuniones realizadas en el vapor *General Brown* y, más tarde, en la torpedera *Espora*, con el objetivo de crear una asociación de oficiales, asociación esta que tomó por lema «Unión y trabajo» —todo por la marina y uno para todos y todos para uno—, y que fue, también, el lema rector de esta Institución.

Entrega de medallas a los socios que cumplen cincuenta años con el Centro Naval

Para testimoniar estos años continuos como socios Activos o como socios Adherentes, el Centro Naval hizo entrega de una medalla a los señores socios Vitalicios.

Esta ceremonia debió realizarse en 2022, cuando se cumplieron las condiciones estatutarias requeridas, pero que fue retrasada por la pandemia.



Las medallas fueron entregadas por el Presidente del Centro Naval, Capitán de Navío VGM (R) Gustavo L. Ottogalli, el Vicepresidente 1.º, Contraalmirante (R) Andrés R. Di Vincenzo y el Director del *Boletín del Centro Naval*, Capitán de Navío (R) Héctor J. Valsecchi. En las imágenes, reciben el Contraalmirante (R) Carlos M. Ramiro, el Contraalmirante VGM (R) Ricardo L. Alessandrini y el Capitán de Fragata VGM (R) Gerardo G. Cánepa.



Posteriormente, el señor socio Vitalicio Contraalmirante (R) Gustavo Adolfo Trama dirigió unas palabras de agradecimiento en representación de todos aquellos que recibieron medallas:

Celebrar los cincuenta años como socios del Centro Naval no consiste solo en desearse un feliz aniversario más, sino en detenerse para reflexionar sobre este tiempo transcurrido y tratar de expresar con palabras lo que significa.

Desde que firmamos unos papeles solicitando ser admitidos como socios Activos o Adherentes —sin realmente tener mucha idea de lo que ello significaba— han ocurrido muchos acontecimientos en nuestras vidas y en la del Centro Naval.

Hoy venimos a esta sede ya en carácter de socios Vitalicios, portando nuestra mochila cargada de momentos felices, de logros, de proyectos realizados, pero también de otros que no fueron, de pérdidas, de desencantos, tanto a nivel individual como colectivo.

Volvemos no solo para recibir sino, también, para agradecer al Centro Naval por habernos recibido, tratado con afabilidad, brindado un excelente fondeadero al cual solemos recurrir cuando deseamos que los vientos y las mareas de la vida cotidiana no nos afecten, y por no haber abandonado y por haber respetado como personas e hijos de Dios que son, a quienes también cumplen 50 años como socios, pero se encuentran privados de su libertad.

Este acto igualmente resulta propicio para recordar a aquellos que tendrían que estar con nosotros, pero que Dios llamó a su Reino con anterioridad.

Señores y Señoras:

Quienes recibimos con orgullo la medalla que acredita nuestros cincuenta años como socios no tenemos más que palabras de gratitud para con el Centro Naval por todo lo que nos ha brindado a lo largo de estos años.

Vaya también nuestro agradecimiento a la actual Comisión Directiva y, si me permiten, un recuerdo especial al Sr. Contraalmirante VGM Julio A. Covarrubias.

Y nosotros, quienes recibimos esta distinción, no olvi-



demostramos nunca que el hecho de haber llegado a esta situación nos obliga a mantener el espíritu del club y a dar el ejemplo, como nos lo han enseñado toda la vida, aportando ideas y esfuerzos en «Unión y Trabajo».

Pidamos que nuestra Señora Stella Maris, Patrona de la Armada Argentina, proteja a los ausentes y a los presentes, y a todos los familiares y amigos que nos acompañan.

Muchas gracias.

Entrega de diplomas a los socios Activos Vitalicios

El Estatuto del Centro Naval reconoce como socios Activos Vitalicios y como socios Adherentes Vitalicios a quienes hayan cumplido cuarenta y cinco años ininterrumpidos como socios Activos o Adherentes, respectivamente. Al igual que las medallas por los cincuenta años, esta ceremonia debió realizarse en 2022, pero fue retrasada por el mismo motivo.

Para testimoniar la nueva categoría alcanzada por los socios, el Centro Naval entregó, a cada uno de ellos, el diploma correspondiente.

El señor Capitán de Navío (R) Adolfo Santiago Montiquín enunció unas palabras en representación de los nuevos socios Vitalicios:

Permítanme comenzar al revés...

Quisiera compartir con ustedes dos conceptos. Les quité a estas palabras la solemnidad y busqué, en cambio, darles un sentido coloquial; estamos en el Centro Naval... estamos en familia...

También he querido que todos nos situemos en el contexto del acto que nos convoca...

Como sabemos, Domingo Faustino Sarmiento, visionario de la educación integral, en 1872 creó la Escuela Naval Militar. Con ello dio comienzo a la Marina formal como recambio a la Armada de ocasión, aunque ferozmente efectiva, que habíamos tenido hasta entonces. Esto no fue un acto individual, aislado o



ajeno a un proyecto de país, sino un elemento que contribuía a conformar el diseño integral de la entonces muy joven nación. Y digo «diseño integral» porque firmar un acta, una declaración o un preámbulo no alcanza. Se necesita una actitud decidida y un gran compromiso de quienes los suscriben y de quienes desean formar parte de esa patria pretendida. En esa planificación del Estado y, sobre todo, en la mente de los decisores de esa época, la defensa nacional tenía una destacada prioridad. Y esto era racionalmente correlativo con la historia reciente de esa Argentina que estaba transitando su amanecer al mundo.

Algunos años antes de 1870, se habían librado muchas batallas para alcanzar la independencia. Piensen por un momento que, sólo cincuenta años antes de esa fecha (centrada como referencia en 1820), se libraron duros combates, tanto en el mar como en la tierra, en la Argentina, Chile y Perú, a cargo de la coalición que comandaba el Libertador Gral. José de San Martín, luego del épico cruce de los Andes. En la misma época, el Alte. Guillermo Brown (1814-1827) deslumbraba al observador avezado con sus campañas en el Río de la Plata contra enemigos casi siempre más numerosos y mucho mejor equipados.

Hace escasos días, con mi promoción, la Promoción 105, conmemoramos los cincuenta años de ingreso a la Escuela Naval, a la Armada Argentina. Y lo menciono para remarcar que cincuenta años resultan, para la óptica de la historia, un período corto, muy corto, en el cual se preservan con nitidez las vivencias ocurridas. No necesitamos historia-

dores para revivir ese período, porque lo hemos vivido, somos sus actores privilegiados. Lo mismo sucedía en aquellos años para el presidente Sarmiento.

Por ello, me permito inferir que un presidente que vivió viviendo, como niño y adolescente, las aventuras libertadoras de dos próceres de la talla de San Martín y Brown; que vivió palmo a palmo los acontecimientos que terminaron por darnos la independencia; que comprendió cabalmente que esa libertad se logró no solo con la pluma y la palabra, sino con la espada y con la lucha, y que luego se consolidó en «la paz con tu sangre conquistada», entendiera, en ese cargo decisor del futuro de una nación, que las fuerzas armadas eran una prioridad nacional, una cuestión de Estado.

Ahora estamos en contexto.

Un visionario de la nación que se abría al mundo diseñó, en sus primeros años de mandato, las Fuerzas Armadas, la Marina y el Ejército. Por ese entonces, Wilbur y Orville Wright tenían solo cinco y un años de edad, respectivamente, así que faltaban varios años para que la aventura de Kitty Hawk cambiara el mundo. Por ello, el componente aeronaval y la Fuerza Aérea iban a ser una realidad recién en el siglo XX.

Diez años después de la creación de la Escuela Naval —usina de oficiales—, un grupo de creativos, actores directos de una parte de esa etapa histórica por haberla vivido y también actores indirectos por haberla escuchado de sus mayores, comprendió que era necesario complementar la teoría recibida en los claustros y la práctica acumulada en las operaciones con un espíritu que trascendiera las épocas. Como dije en la Escuela Naval el pasado 27 de abril, como cristiano creo que la vida eterna es, ni más ni menos, la trascendencia. Y si quieren un ejemplo, mencionemos a Aristóteles. Hace 2500 años que su filosofía orienta la ética y la moral del mundo occidental. Vive entre nosotros, porque trascendió su época. Un espíritu que trascienda las épocas... Los ingenieros navales dirían que eso es ponerle la quilla al alma del marino.

El Centro Naval —dice textualmente en su página de internet— «fue creado el 4 de mayo de 1882 por un grupo de jóvenes oficiales de la Armada Argentina, egresados de las primeras promociones de la Escuela Naval Militar, que buscaron con este acto jerarquizar la profesión naval».



Los diplomas fueron entregadas por el Presidente, el Vicepresidente 1º, el Director del *Boletín* y el ahora Secretario del Centro Naval, Capitán de Navío (R) Pablo A. Coria. Reciben, de izquierda a derecha, Capitán de Navío IM VGM (R) Julio G. Bardi, Contraalmirante VGM (R) Alejandro A. Fernández Lobbe, Capitán de Corbeta (R) Juan J. Gardel y Capitán de Navío Ing. VGM (R) Roberto C. Juárez.

Esta organización centenaria tiene ciento cuarenta y un años de vigencia ininterrumpida. Un hito para una entidad sin fines de lucro, que resistió todos los embates y vaivenes de los tiempos en este siglo y medio de vida. No hubo guerra, desastre natural, crisis mundial, detractores (que sí los hubo) o enfermedades y pandemias que pudieran remover sus cimientos. No voy a negar que ha pasado por situaciones difíciles, pero hasta hoy las ha sobrellevado y sigue existiendo y continúa jerarquizando la profesión naval.

De esos ciento cuarenta y un años, con la Promoción 105 y un conjunto de oficiales del cuerpo profesional aquí presentes, hemos recorrido más de un tercio de ese período. Por ello, esta convocatoria es para conmemorar esta larga caminata de a dos, el Centro Naval y nosotros. Así que a todos los que hoy reciben la distinción honoraria como socios Vitalicios, permítanme darles la bienvenida a esta ceremonia que comparten con la Promoción 105. Sin saberlo, quizá, hemos caminado juntos tanto tiempo.

Finalmente, me pregunté: ¿Quién agradece a quién? ¿Nosotros al Centro Naval o viceversa? Porque no es poco permanecer como socio durante tanto tiempo ininterrumpidamente. No obstante, luego entendí que el Centro Naval nos reconoce el gesto de permanencia y, por ello, nos convoca y testimonia ese reconocimiento. Entonces, la función biyectiva queda definida en su esencial ida y vuelta. El Centro Naval nos reconoce, y nosotros agradecemos estar en la agenda societaria.

Y, ¿por qué soy socio? ¿Por qué ustedes son socios? Algunos disfrutaron a pleno de la función social y cultural; otros, solo algunas de las propuestas; y otros, casi nada. Sin embargo, todos somos socios. Y orgullosos de serlo, al menos yo (uno es mejor que nada).

¿Soy socio porque soy marino? Quizá, pero eso no alcanza, muchos marinos no forman parte de esta perte-

nencia. ¿Soy socio por mis amigos? Podría ser, pero con mis amigos también me conecto fuera de este ámbito. ¿Soy Socio por las ofertas sociales, culturales o deportivas? Buen punto, pero no todos tienen una sede cerca como para hacerla su segundo hogar.

Entonces, ¿qué hace que sigamos siendo socios y socios orgullosos desde hace tanto tiempo? ¿En qué se basa este «matrimonio»?

Cuando esos «michis» y tenientes, permítanme llamarlos esos «locos lindos», en su primera adultez (veinticuatro años aproximadamente), poco tiempo después de graduarse como oficiales ¿entendieron?, ¿advinaron?, ¿intuyeron? (Quizá nunca sepamos cuál es el verbo que cabe a esa movida juvenil), decía: cuando se juntaron en la casa del Subteniente Santiago Albarracín para sentenciar lo que sería una realidad tan duradera, lo hicieron porque querían jerarquizar la profesión naval. Sin embargo, parieron, además, algunos efectos colaterales que perduran hasta hoy: el orgullo, la pertenencia, el sacrificio, la superación, la competencia, el afecto, el respeto, la lealtad, la caridad, la amistad, el patriotismo, la sensatez, el debate y la obediencia (porque en un Estado Mayor se debate, se proponen los modos de acción que se seguirán, pero cuando el comandante toma una decisión, todos obedecen), el trabajo en equipo, el amor y la familia, la entrega, el sustento tecnológico de las operaciones navales y la fe en Dios, por nombrar algunos de ellos.

Puede ser —y seguro que más de uno lo piensa con cierto escepticismo— que no todos tenemos esas cualidades, pero lo cierto es que ellas forman parte del sustrato moral que nos sostiene, sea que tengamos todas o simplemente algunas.

Y vuelvo entonces a preguntarme: ¿Por qué sigo siendo socio después de tantos años? Creo que una de las respuestas posibles (no quiero monopolizar los pensamientos) es que ser marino es una profesión, una vocación, una entrega perenne, es estar en las operaciones cotidianas. En

cambio, cuando pienso como socio del Centro Naval...

Les voy a dar un ejemplo sencillo: Cuando el CF (R) VGM Ricardo Rey vino de visita a la Argentina (está radicado en Europa por cuestiones laborales), quiso reunirse con algunos compañeros de la promoción. Decidimos almorzar juntos... en el Centro Naval. El comedor repleto de gente, casi todos desconocidos. En una mesa, en el lado opuesto del salón, estaban sentados dos comensales a los cuales Ricardo Rey saludó con alegría. Uno era el «No Blanco», y el otro era «El Chenzo» (nombres



operativos: sobrenombres que los acompañan desde la Escuela Naval). Sí. Eran el Presidente y el Vicepresidente del Centro Naval, quienes se pusieron de pie y vinieron a saludar a nuestra mesa. Los abrazos, la alegría y los apretones de mano fueron el inicio de intensos diez minutos de anécdotas y comentarios de las trayectorias de cada uno. Fue como vivir una película en una ráfaga. Otra vez abrazos y apretones de mano seguidos del típico: «Que no pase tanto tiempo para vernos otra vez». Y esto es solo una anécdota de las tantas que suceden a diario entre todos los que se encuentran al venir a esta casa. Ese es el espíritu del Centro Naval. Curiosamente, Centro Naval tiene las mismas iniciales que «casa nuestra».

Por eso somos Socios: cuando estamos en el Centro Naval, estamos en casa, la casa nuestra... nuestra casa.

Empecé al revés; finalizo ahora con el principio.

Gracias al Señor Presidente —Feliz Día de la Aviación Naval— y a las autoridades del Centro Naval por recibirnos y homenajearnos. Gracias a los socios Activos, Participantes, Pensionistas y Vitalicios. Gracias a la Promoción 105 y a los señores oficiales que reciben la distinción vitalicia. Gracias familiares. Gracias amigos.

Gracias «totales».

Asunción de las nuevas autoridades del Centro Naval

A continuación, se enumeró a los integrantes de la única lista oficializada para la renovación parcial de la Comisión Directiva y de la Comisión Fiscalizadora de nuestro Centro Naval, que fue proclamada el 27 de abril pasado en la Asamblea Anual Ordinaria.

Seguido a ello, se mencionó a los integrantes de la Comisión Directiva 2019-2023 que finalizan en sus funciones.

Para oficializar el pasaje entre los miembros de las Comisiones Directivas y las Comisiones Fiscalizadoras salientes y entrantes, el señor Vicepresidente Primero de la Honorable Comisión Directiva, Contraalmirante (R) Roque Di Vincenzo, hizo entrega de la tradicional llave del mando al nuevo Presidente de la HCD, señor Capitán de Navío VGM (R) Gustavo Leopoldo Ottogalli, quien se manifestó con sentidas palabras a la concurrida audiencia.

Como cierre de esta reunión, se ofreció un vino de honor en el Salón Sarmiento. ■

